

MILAGROS TORREMOCHA

EL CLAN DEL

lobo

Los rescatados de Valle Mano



Milagros Torremocha, 2011 ©

espdevida@gmail.com

Depósito legal: CA 304-2012

ISBN: 978-84-615-9858-8

Impreso por Service Point FM Ibérica, S.A. Impreso en España

Diseño cubierta: Gabriel Nunes

Prohibida la reproducción, total o parcial, de esta publicación sin previo permiso escrito de la editora.

Al Alfarero de Adán

INDICE

11 Dos encuentros 25 Tabul 31 Una breve
profecía 39 La despedida 47 Camino al futuro
55 Atacados 67 Una sorpresa de Tabul 75 El
otro lado de la cueva 89 El protector protegi-
do 101 Encuentro con el Hombre Rojo 115
Nefilim 131 Huesos 141 Onkal 149 Un barran-
co llamado "Valle Mano" 161 Un rito y una
ceremonia 175 De repente, un hijo 189 Saa-
baz 201 En la casa de las mujeres 215 La otra
Anua 225 El tercer hermano 241 El clan del
lobo

PRÓLOGO

Desde el primer capítulo "El Clan del Lobo" me cautivó, trasladándome a una época de la historia de la cual hablamos muy poco y en la que se encuentran nuestros orígenes.

Sentí que no estaba frente a una novela cualquiera, sino ante un libro que nos quiere llevar más allá, por ello te animo a que te acerques a él con disposición de espíritu.

Espero que disfrutes de su lectura tanto como yo lo hice. Sin duda, muchos otros libros vendrán después de "El Clan del Lobo".

Deseando que seas bendecido, Susana Vallejo

CAPÍTULO 1

DOS ENCUENTROS

El sol no había pintado aún su primera línea de color en el horizonte y yo descansaba sobre mi esterilla. En ese momento ignoraba el camino que aquel día abriría en mi vida. Tumbada, recordaba la solemne ceremonia en la que había sido declarada mujer; había sido reciente, así que aún era pronto para comunicarle a mi padre que estábamos decididas a fundar el primer clan matriarcal. Mientras meditaba en esto una voz conocida me sobresaltó

-¡Anua, ven!- dijo mi padre

No me sentía muy activa. Había empleado parte de la noche tratando de espantar primero y de ignorar después algunos insectos que cruzaban de un lado a otro de la estancia, por encima de mi cuerpo.

-¡Anua!

Un largo y delgado bracito intentó alcanzarme sin éxito. Emitió un gruñido lento y apagado. Volvió para sacudir mi hombro. Mi hermana era aún niña y quería seguir durmiendo un poco más.

-¡Anua! -el volumen de su voz iba en aumento.

-¡Voy, padre! -dije aceleradamente para que dejara de llamarme a voces desde el extremo norte del poblado. Alguien podría pensar que soy una perezosa. Sería muy malo para mí tener fama de pereza. Acabaría con mis oportunidades de matrimonio.

Me apresuré a levantarme de la esterilla, procurando no rozar a mi hermana. Aparté las fibras que tapaban la entrada

de mi choza y me froté los ojos intentando ver con más claridad. Mi largo cabello corría por todos lados, rebelde. Lo alisé y lo coloqué a ambos lados de mis sienes fijándolos con los abalorios que yo misma había confeccionado con los hilillos de fibra sobrantes de tejer las faldas de la familia. Una larga línea multicolor de fibras teñidas y entretejidas como las que había regalado a mis dos únicas amigas. En un poblado tan pequeño, esta tira en el pelo se había convertido en identificativa.

Salté desde la choza ignorando la escalerilla y aterricé en el suelo. Se levantó un poco de polvo. El poblado estaba levantado en alto, pero era necesario para que la abundante y frecuente lluvia nunca anegara las chozas.

Varias aves salieron espantadas del hueco de la parte inferior. Una de ellas no pertenecía a mi "ganadería". Su cara azulada y sus redondos ojos de color naranja me miraban con desparpajo. Nunca dejaban de aparecer animales desconocidos.

Corrí para intentar encontrar el rostro impaciente de mi padre antes de que tronara otra vez. Mi padre... ¡qué raro estaba últimamente! No se veía relajado. Me miraba y me miraba y callaba. Mi madre hablaba por los dos. Si no fuera por la pequeñaja habría pensado que me habían cambiado de familia.

-Tengo una tarea para ti. Este -dijo señalando el gastado cesto que tejió mi madre cuando joven- tiene que volver lleno de aquellas hojas con aspecto de estrella que ayer te mostró "Hierbas".

"Hierbas" el hijo de "Hierbas". Alto, desgarrado, con la mirada perdida. Llevaba varias estaciones aprendiendo de su padre acerca de plantas, hojas, raíces y flores. Yo también tendría la mirada perdida si mi padre me hiciera

aprender todo eso. Mi amiga Dara no para de hablar de él. Se ha enamorado. Si la cosa prospera, al menos no le dolerá el vientre cada mes. Le aplicará alguna pasta verde de las tuyas y problema solucionado.

-¡Anua, te estoy hablando!

-Sí, padre, te escucho. Quieres hojas con forma de estrella. Pero están donde tú nunca quieres que yo vaya sola

-Deja de mirarme como si me hubiera vuelto loco. Soy tu padre. No te va a pasar nada. Mantén alerta tus sentidos y eso será todo lo que necesites.

Colocó la cesta entre mis manos.

-La quiero llena.

Y dando media vuelta, se fue hacia la choza.

Llevaba su lanza en la mano y ese día se apoyaba levemente en ella. Mi padre se había casado tarde en su vida con una mujer joven, y yo nací tarde en la vida de su joven mujer, así que ahora ese leve movimiento de apoyo en la lanza y los ya visibles surcos de su frente me recordaron que un día no tan lejano sería un anciano. No me gustaba la idea de ver a alguien tan capaz como él con las fuerzas menguadas.

Miré hacia el cielo, estaba clareando. Y debía alcanzar mi destino antes de la plenitud del día, para poder regresar con el atardecer. Esperé a que mi padre subiera la escalerilla y entrara en la choza para introducirme sin hacer ruido bajo la parte inferior de nuestra choza. Ahí guardaba en un saco un pequeño arpón y una lanza miniatura que mi padre había confeccionado para mí y que yo escondía cuando regresaba de nuestras salidas. Los iba a necesitar si tenía que pasar todo el día fuera.

-Pshsh, Anua -susurró desde la puerta una voz conocida

-Mamá, me ha enviado a los alrededores del pantano...

El redondo rostro de mi madre asomó desde arriba. Sus ojos brillaban como cuando estaba emocionada. Moviendo lentamente su cabeza de arriba abajo dijo

-Anua, ya eres una mujer. No te preocupes por ir lejos. Yo estaré recordándote ante el Creador todo el tiempo.

-Es tarde, vete -ordenó la voz de mi padre, desde dentro.

-¡Shh! Vas a despertar a la pequeña. No quiero tener una llona irritable todo el día. Hasta la noche, hija. Todo va a ir bien

-Ajá...

Salí del claro norte de la aldea en dirección a donde sale el sol. La última estrella estaba desapareciendo en el horizonte. Nunca había ido sola tan lejos y la verdad es que aunque iba caminando hacia la espesura de la selva con paso rápido, en mi interior estaba aterrada. Los sonidos que siempre escuchaba desde mi choza y que nunca me habían preocupado ahora me producían inquietud. Dejé a un lado varias hileras de chozas, entre las que se encontraba la del jefe Anún. Todos dormían. Sólo seguía viendo las rendijas brillantes de mi casa. Algunas gallinas se alborotaron a mi paso, pero nadie más asomó. Después sólo restaba cruzar la empalizada, cuyos troncos apuntaban sus extremos afilados hacia el cielo.

-¿A dónde vas?

No debí haberme sobresaltado por la voz, siempre había alguien vigilando desde arriba. Yo conocía a ese centinela, pero últimamente estaba un poco cambiado. El joven "candidato" de nuestro poblado: Kibor. Desde que había dado caza a una de esas fieras negras de ojos centelleantes andaba algo vanidoso. Por petición de su padre yo había confeccionado para él un collar de fibras, pero no de colores como las chicas, sino uno con anillos insertados. No supe

para qué quería esos círculos vacíos hasta que le vi esa mañana. En medio de la penumbra, la llama de las antorchas hacía brillar dos colmillos. Pendían del primer aro. Todos los demás aparecían vacíos, pero estaba claro que no lo estarían por mucho tiempo.

Su musculosa figura se perfiló entre las primeras luces de la mañana. Llevaba una lanza en su mano izquierda, con la que me apuntó.

-¿Anua? ¿Dónde vas? Todavía no se ve claramente.

-Tengo una tarea que hacer y se me hace tarde. Me voy.

Kibor dejó su lanza, y saltó de la empalizada aterrizando junto a mí. Rápidamente me detuvo asiendo uno de mis brazos. Después sujetó los dos. Esta situación me recordaba a cuando éramos pequeños y me zarandeaba

-No me esquives. Estos días yo me encargo de la vigilancia y no voy a permitir que nada suceda mientras yo esté a cargo ¿Por qué juegas a los chicos? Vuelve a tu casa

Arqueé una ceja. Dos estaciones lluviosas atrás aún corría con nosotras las niñas y nos hacía la vida imposible. Y ahora se creía el guardián de Tabul.

-Esto es por mandato de mi padre. Pero quizás quieras acompañarme, hay mucho que... ¿qué ha sido eso?

Un sonido inesperado me hizo dar un respingo.

Una hilera perfecta de dientes blancos asomó entre los labios de Kibor.

-Las ovejas del tallador. ¿Y dices que ibas a dónde...?

Recobré mi valor. No podía demorarme más, de ninguna manera quería regresar en la oscuridad de la noche.

-Ya es tarde para mí, si aún dudas, pregunta a mi padre. Y descansa. Yo no soy responsabilidad tuya.

Me desembaracé como pude de sus pesados brazos. Y empecé a caminar apresuradamente con mi cesta. La hice caer por mi espalda, sujeta a la frente. Eso me dejaba las manos libres. Kibor no podía dejar su puesto de vigilancia por mucho tiempo, así que volvió a su lugar, farfullando un agradecimiento por no ser yo responsabilidad suya.

Me alejé por la vereda del poblado; ésta se fue difuminando en el suelo, y pronto los altos árboles ya no me dejaban ver el cielo. Fue reconfortante ver cómo la luz del sol se intensificaba. Para cuando hube alcanzado el terreno apenas conocido se veía perfectamente. Era el momento de buscar las hierbas con forma de estrella. Se distinguían como puntos de color rojo entre las enredadas lianas que rodeaban ciertos árboles. Era fácil divisarlas, pero difícil llegar a ellas. Había que subir un pequeño tramo por cada árbol, una y otra vez. Era una labor extenuante. A mediodía mi estómago me recordó que necesitaba comer. No lejos de donde me encontraba discurría un riachuelo. La primera vez que lo había visto estaba con mi padre. Nosotros fuimos quienes lo descubrimos y fue allí donde aquel día, varias lunas llenas atrás, le tuve que esperar. Fue a cazar algo pero regresó sin ninguna pieza y un poco pálido. Yo creo que se perdió. Es de esperar cuando se va más allá de lo explorado por tu gente.

El sonido del agua era más intenso de lo que esperaba. Resultó que lo que antes era un riachuelo se había transformado en un río. Estábamos al final de la estación lluviosa. Dejé la cesta sobre los guijarros secos de la orilla y me introduje en el agua hasta las rodillas arrastrando mi falda de fibras que ahora era muy pesada por el agua. Las aguas bajaban frías y me hicieron estremecer. Inmóvil y con el arpón en la mano esperé a que los espantados peces fueran regresando. Después me mantuve observándolos mover de un lado a otro bajo las cristalinas aguas. Era cuestión de esperar

con paciencia. Seleccioné uno de ellos y seguí su recorrido con la mirada. Y en el momento oportuno lancé mi arpón contra su cuerpo con todas mis fuerzas.

El arpón atravesó el agua, veloz y traspasó al animal por el centro. Lo saqué. Aleteaba fuertemente.
-Ya eres mío. Siento que la cesta vaya a oler a pescado antes que a hierbas.

Aún sacudió su cuerpecito unos momentos más y después cesó. Nunca me ha gustado pescar ni cazar, pero el hambre es un amo implacable.

Las siguientes presas me mantuvieron ocupada algún tiempo. De vez en cuando comprobaba el contenido de mi cesta por si algún depredador andaba cerca y había oído mis capturas. No quería perder la recompensa de mi trabajo.

Mojada, arrastrando de mi pesada falda, salí del agua y me puse en cuclillas junto a la orilla para prepararlos. Hice fuego y allí permanecí, comiendo lentamente algunos peces mientras se asaban otros, y observando pequeños pájaros de coloridos plumajes que volaban de un árbol a otro. Inesperadamente se oyó un chasquido entre la maleza y todos ellos volaron, despavoridos. No sé cómo, pero de repente de pie me encontré a mí misma blandiendo el arpón. Dicen que el miedo es ágil y yo añadiría que un poco ciego también, pues mi vista se oscureció por unos segundos.

Con el corazón latiendo rápidamente y el aliento contenido miré a mi alrededor. Un animal se aproximaba lento y majestuoso hacia mí. Mi mundo había estado hasta entonces -salvo contadas excepciones- limitado al entorno de mi poblado, así que mi conocimiento de la fauna más allá del claro de la selva que rodeaba el asentamiento, y de la playa al sur del mismo, era muy escaso.

Este animal se parecía a los perros que teníamos en Tabul, pero era mucho más grande. Se acercó con lentitud, sin hacer ruido y sin apartar sus oscuros ojos de mí. Cuatro fuertes y cortas patas, abundante pelo gris, largo hocico, pequeñas orejas, cuerpo pesado. Intuí que la huida sería inútil y que mi arpón tampoco iba a ser una defensa válida. No sabía qué hacer. Cuando llegó a mí, me olisqueó pausadamente. Sentí el roce de su pelaje en mis muslos a través de la falda. Me transmitió mucho calor. Yo observaba todos sus movimientos, petrificada. El animal no me atacó, pero tampoco se fue. Cuando le pareció, se sentó junto a mis pies y al resto de mis peces. Poco a poco los ruidos de la selva regresaron.

Intenté en vano echar mano de mis peces, su amenazador gruñido y los colmillos de su serrada dentadura me disuadieron totalmente. Hurgó con el hocico en mi canasta y en un par de bocados se comió mis pescados. Después se acurrucó con el hocico rozando las patas traseras. Su lomo subía y bajaba lentamente, en un sueño "duermevela".

Decidí que no podía continuar así todo el día. Recuperé la cesta, que ya no le interesaba y con ella colgando de mi frente sobre la espalda, comencé a andar. A dondequiera que iba, me seguía. Llegué a la conclusión de que esa bestia gris estaba acostumbrada a los humanos y que probablemente había escapado de su amo. Me resigné a su compañía y empecé a recoger algunas hierbas más antes de regresar. De nuevo tuve que subir y bajar de los árboles, teniendo cuidado de mí y de las hierbas. Eran delicadas. Una tras otra se fueron amontonando hasta que la cesta estuvo medio llena. Apuré el tiempo todo lo que pude, pero el sol estaba empezando a caer y a advertirme que no podía demorarme más si quería llegar con luz a casa.

-Me voy- dije en voz alta, como si hubiese allí alguien escuchándome.- Y tú mejor quédate aquí. En cuanto asomes por la empalizada te van a llover flechas, "Pescador". Sí, eso es lo que eres, un pescador de peces ajenos.

La cesta en mi espalda ahora era más pesada. Tuve que caminar con cuidado por las raíces que asomaban del suelo. Es sorprendente como el mismo camino, pero de regreso a casa, se hace más corto.

"Pescador" me siguió a cierta distancia. Cada vez se veía todo más oscuro, aun las flores que emiten olor en la noche estaban llenando el aire con su fragancia. Algunos ruidos sonaban a derecha o a izquierda. Estaba deseando llegar a casa. Sin embargo, de algún modo, la presencia de este "Pescador" me hacía sentir menos indefensa.

Ya había caído la noche cuando, a la luz de los fuegos encendidos a cada tramo sobre la empalizada, pude divisar las puntas de los troncos; pero aún nos quedaba subir un montículo plagado de espinos para alcanzar el poblado. Antes de hacerlo ordené mi pelo, me aseguré que mi ya seca falda estuviera estirada y quité algunos restos de pescado de entre las hierbas. No parecían muchas a simple vista, así que las extendí para que cubrieran los pequeños huecos vacíos. Y entonces, cuando estaba colgándome la canasta otra vez, "Pescador" quedó repentinamente paralizado; sus pequeñas orejas se movían captando algo en el aire. Inesperadamente dio un salto y el misterioso animal salió corriendo a toda velocidad en dirección a la selva que acabábamos de dejar atrás, como si una voz inaudible le hubiese llamado.

El recibimiento en mi casa fue desigual. Mi hermana Ilona - ya casi dormida otra vez, el día había sido largo- se acurrucó junto a mí. Las dos estábamos en una esquina, obser-

vando a nuestra madre poner aquellas hierbas a secar. Yo estaba muy cansada y cómo agradecía no ser yo la madre que tenía que hacer todo aquello mientras los demás se sentaban a descansar.

-Anua, te he echado de menos ¿dónde has estado?

Mi hermana rodeó mi cintura con su brazo. Le acaricié el pelo. A ella no le gustaban las cintas ni los adornos, siempre se deshacía de todo abalorio con que mi madre procuraba adornar su cabello y llevaba su rizada melena suelta y muy alborotada, en una aureola de color negro.

-Hoy he ido un poco lejos, a recoger esas hierbas que tiene mamá en la mano.

-¿Por qué vas lejos? Que vayan los chicos. Ya no te dejan jugar, y cualquier día viene un padre y te lleva para su hijo.

-Ilona, ¿has comido ya la carne del mediodía?- preguntó mi madre, de espaldas a nosotras mientras continuaba con su labor.

Ella calló de repente, como queriendo pasar desapercibida.

-Papá también ha estado fuera todo el día -continuó en voz baja- Y ha vuelto con varias pieles y muchas conchas. Pero no son como las de nuestra playa.

Miré sus delgados bracitos, sin poner atención al viaje de mi padre. Había días en los que casi no comía nada. Rebusqué tras el cinturón que sostenía su falda y encontré lo que temía hallar: el trozo de carne seca.

-¡Ilona!- regañé tan seria y calladamente como pude- ¿qué es esto?

Ella hizo un gesto de hastío e intentó esconder mi mano con su trozo de comida.

-Mamá casi nos ve. Vamos, cómetela ahora, no es posible que hayas pasado el día con el estómago vacío, ¿verdad?

-No tengo hambre... -dijo con voz lenta y desganada- Vamos, cuéntame cómo te ha ido, qué cosas nuevas has visto. -Por supuesto- contesté. Y tomé un minúsculo trozo de aquella carne - ¿Ves esto?
Ella asintió.

-Esta soy yo. Después tomé la cesta de mamá -y corté otro trocito- Las dos íbamos por el camino hacia la selva. Moví las dos piezas como si estuvieran andando en el aire... en dirección a su boca

- "¡Oh, no podemos continuar, ábrannos, por favor, tenemos que recoger hierbas!" -y di varios toquecitos a su boca cerrada, que acabó abriéndose por la risa.- "Tenemos que llegar hasta el fondo de la selva" Vamos, trágalo; si no, no llegamos. Y después -tomé otros dos trozos- aquí estoy otra vez con mi cesta. "¡Oh, me he caído, y me duele mucho la pierna! Señora lengua, ¿podría curarme?"

Ilona me miraba y asentía con la cabeza. Había conseguido meterla en la historia.

-“Por favor, tome mi pierna y haga algo”

De nuevo la cerrada boca se abrió.

Y se abrió

Hasta que se lo hubo comido todo. Cuando terminamos me di cuenta de que mi madre ya llevaba algún tiempo con sus azules ojos fijos en nosotras, oyendo y callando. Con el ceño fruncido preguntó

-¿Es cierto todo lo que le has contado, Anua?

No había inventando nada realmente -excepto lo de la pierna dolorida-, sólo lo había adornado bastante, pero dudaba contarle lo de “Pescador”, porque me pareció preocupada. Mi madre era una mujer algo ansiosa. Cualquier cosa se transformaba en un peligro ante sus ojos. A veces